

RESEÑAS

***AMADO ALONSO EN LA ARGENTINA.
UNA HISTORIA GLOBAL DEL
INSTITUTO DE FILOLOGÍA (1927-1946)
DE MIRANDA LIDA***

Martín Sozzi

Universidad Nacional Arturo Jauretche - Universidad Nacional de Hurlingham

Profesor y Licenciado en Letras (UBA), Especialista en Lectura, Escritura y Educación (FLACSO) y maestrando de la Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos (UNTREF). Es profesor del Seminario de Literatura Argentina y Latinoamericana Contemporánea (UNAHUR), de Literatura Latinoamericana I (UBA) y del Taller de Lectura y Escritura (UNAJ). Publicó artículos en libros y revistas especializadas y presentó comunicaciones en diversas reuniones académicas sobre historiografía literaria y, en particular, sobre la figura de Pedro Henríquez Ureña. Junto con Carlos Battilana editó Genealogías literarias y operaciones críticas en América Latina (NJ Editor, 2015).

Contacto: martin_sozzi@yahoo.com.ar

ORCID: 0000-0003-3351-0149

UN MOMENTO DE ESPLENDOR

Este libro de Miranda Lida (doctora en Historia, investigadora del Conicet) presenta una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires desde su creación, a comienzos de los años 20, hasta su parcial disolución a mediados de la década de 1940. En ese arco temporal de poco más de veinte años, la autora se detiene de modo particular en el momento en que el Instituto fue dirigido por el español Amado Alonso, entre los años 1927 y 1946, período al que considera como el de mayor esplendor de la institución: su momento áureo.

Ya desde el subtítulo, Lida manifiesta su objetivo central: presentar “una historia global” del Instituto. Es decir que, en esta historia, la autora no exhibe al Instituto de Filología como una entidad desgajada de su contexto más inmediato (o algo más mediato), ni separada de los actores que estuvieron involucrados en su creación y en su desarrollo, sino que lo presenta luego de un recorrido que implica el despliegue de una serie de operaciones: estudiar los factores político-intelectuales nacionales y foráneos que colaboraron con su fundación y las discusiones en que se vio envuelto; establecer la importancia que jugó en el ámbito académico, pero también en la vida cultural del país; sopesar las complejas condiciones externas, propias de un mundo plagado de conflictos bélicos, en contraposición con una Argentina que superó el período de entreguerras con mayor tranquilidad; calcular las tensiones entre los sujetos que lo crearon y consolidaron, y las condiciones político-académicas en que estaba inmerso.

En un libro anterior, *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo* (Eudeba, 2014), la autora había abordado también, aunque de forma tangencial, la historia del Instituto. Miranda –nieta del destacado filólogo, crítico literario y traductor Raimundo Lida; sobrina nieta de la filóloga, medievalista y estudiosa de la literatura clásica María Rosa Lida– presenta en *Años dorados...* una detallada historia familiar y, como trasfondo fundamental –no como un telón

de fondo desvaído—, el contexto socio-político-cultural de las primeras décadas de la Argentina del siglo XX. Ese modo de abordaje le permite postular que sus antecesores familiares, “más que una emanación excepcional de un genio único e irrepetible” (2014: 21), “fueron un producto de su tiempo y de su lugar: la ciudad de Buenos Aires en la época de entreguerras” (2014: 23). Vale decir, no se puede explicar el destacado lugar alcanzado por los hermanos María Rosa y Raimundo Lida en el ámbito académico como producto exclusivo de una cualidad individual impar, sino de ciertas condiciones que permitieron el desarrollo de esas singularidades, de las complejas tensiones entre los sujetos y el contexto espacio-temporal en que les tocó vivir.

Entre los acontecimientos destacados de esos años, el Instituto de Filología no pasó desapercibido. Fue el escenario en el que los Lida, bajo la atenta, dedicada y afable mirada de Amado Alonso, se formaron como filólogos, como traductores, como críticos y forjaron una carrera que los llevaría, finalmente, y como culminación, a instalarse en el seno de diferentes universidades extranjeras.

Amado Alonso en la Argentina, si bien retoma muchos de los aspectos considerados ya en *Años dorados...*, deja de lado la historia familiar —esa historia familiar que lo vuelve un “libro entrañable”, en palabras de Liliana Weinberg (2018)—, para convertirse en un libro de historia *tout court*, en el que el Instituto de Filología, las figuras de varios de los más importantes filólogos argentinos y españoles, entre los que destaca la de Alonso, y las circunstancias subyacentes se transforman en objeto de estudio.

Si bien no es la primera vez que se aborda la historia del Instituto (baste mencionar los trabajos de Guillermo Toscano y García, 2009, 2010, 2013; o de Guillermo Toscano y García y Fernando Degiovanni, 2010), varias son las novedades que el libro de Lida introduce. En primer lugar, el hecho —que ya mencionamos— de que se trata de una “historia global”, que incorpora diferentes facetas de la vida cultural, social y política de los países involucrados en su conformación: España y Argentina. En segundo, los archivos a los que recurre la autora, fundamentalmente las cartas intercambiadas entre algunos de los actores principales involucrados en la fundación y el desarrollo del Instituto: Ramón Menéndez Pidal, Amado Alonso, Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, entre otros. La inclusión de fragmentos de esa correspondencia cruzada, citas extensas en algunos casos, permite apreciar las preocupaciones, los temores, los entusiasmos, las promesas frustradas, los proyectos,

los mandatos, ciertas pequeñas miserias, las susceptibilidades, el desencanto final.

En los cinco capítulos que componen el libro, Lida presenta un recorrido claro y preciso. El capítulo 1 revela las condiciones que tornaron factible la creación del Instituto como producto de la conjunción de una serie de factores: el movimiento reformista universitario y su búsqueda de condiciones de internacionalización, entre los principales. Esos factores posibilitaron que Ricardo Rojas – en ese momento decano de la Facultad de Filosofía y Letras– recurriera a la figura que jugó un rol fundamental y que se constituyó en el portavoz de la avanzada española para la creación del Instituto: Ramón Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios Históricos de Madrid (CEH). También jugó un rol central la fundación, en 1907, de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE). Ambas instituciones –el CEH, la JAE– habilitaron un camino de modernización de la ciencia española y, en consecuencia, una reconsideración del lugar que ocupaba en el entorno europeo. Son momentos de la expansión intercontinental del CEH, lo que fomenta la fundación del departamento de español en la Universidad de Columbia, que sería dirigido por Federico de Onís, y con el que el Instituto de Filología –y Alonso en particular– encontraría fluidos cauces de comunicación. A diferencia de lo que había sucedido pocos años antes, en que una colaboración en términos horizontales con España habría resultado impensable –piénsese solamente en la desilusión que sufrió Ricardo Palma al intentar introducir en el diccionario de la RAE algunos americanismos en 1892; o los términos coloniales con que Marcelino Menéndez Pelayo planteó su *Antología de la poetas hispano-americanos* (1893-1895), elaborada a pedido de la RAE–, a partir del Centenario, y del surgimiento de un “hispanoamericanismo progresista”, de acuerdo con la categoría propuesta por Isidro Sepúlveda, se produce, como señala Lida, un acercamiento de posiciones.

Tal como explica la autora, luego de la elección fallida de una serie de directores, entre ellos Américo Castro, quien había sido duramente cuestionado por su tendencia a inspeccionar el habla de los argentinos y por menospreciar la norma rioplatense, Menéndez Pidal decide ofrecer el cargo a un joven lingüista español de solo 30 años: Amado Alonso, quien comprendería rápidamente los vericuetos del rol y las susceptibilidades que podría acarrear un español que interviniera en las formas del “buen decir”.

En el capítulo 2, Lida presenta la rápida inserción de Alonso en las formas de la sociabilidad local. El Instituto no era entonces –como podría ser hoy–, una institución inmersa casi exclusivamente en el mundo académico, con una intromisión escasa en la agenda pública, sino que participaba de una serie de debates en torno al idioma, a las diferentes “batallas por el idioma” que, con sus antecedentes en el siglo XIX, perduraban en el XX, fundamentalmente a partir de la publicación del libro *Idioma nacional de los argentinos* (1900), de Lucién Abeille, y de las intervenciones –en ocasiones feroces– de Arturo Costa Álvarez, de Vicente Rossi, de Borges. La posición de Alonso ante esas discusiones fue mucho más contemplativa que la que había mostrado Castro. El joven español, si bien no admite la existencia de un “idioma argentino”, acepta la inclusión de localismos, a los que estudiará en diferentes momentos de su periplo por el país.

La organización que fue adoptando el Instituto bajo la batuta de Alonso es considerada en el capítulo 3. A partir de las gestiones de la nueva dirección, una camada de jóvenes investigadores que alcanzarían poco tiempo después gran renombre, se incorpora al Instituto. Entre los principales encontramos a las figuras de Ángel Rosenblat, Marcos Morínigo, Pedro Henríquez Ureña, Eleuterio Tiscornia, los hermanos Lida, entre otros.

Por otra parte, si algo caracteriza –de acuerdo con lo expresado por Lida– la dirección de Alonso es su capacidad para emprender nuevos proyectos, que muchas veces resultarían difícilmente realizables por cuestiones monetarias. Los avatares políticos, de la década de 1930 sumaban un problema más a las actividades del Instituto: recortes presupuestarios a un presupuesto que de por sí era ajustado, persecuciones a dirigentes de izquierda, tornaban más compleja la realidad general y la del Instituto en particular. Pocos años después, la Guerra civil española incorporará un nuevo factor de incertidumbre, dado que las instituciones que habían colaborado en la conformación del Instituto dejaron de funcionar. No obstante, a pesar de (o gracias a) la circunstancias nacionales e internacionales, el Instituto de Filología logró consolidarse en tres vías de acción: consiguió subsidios por parte del Estado argentino, que le permitieron ampliar su radio de acción; logró un lugar de referencia en el marco de la filología hispánica debido a la crisis general de la ciencia española como consecuencia de la Guerra civil; estableció vínculos sostenidos con la academia norteamericana, con fluidos intercambios de investigadores. Con respecto a esta última cuestión, vale la pena destacar la aparición de la *Revista de Filología Hispánica*,

con el auspicio de la Universidad de Columbia; la beca Guggenheim recibida por Raimundo Lida en 1939; la invitación que la Universidad de Harvard realizó a Pedro Henríquez Ureña, el primer latinoamericano en dictar las “Charles Eliot Norton Lectures”, en el período 1940-1941; el doctorado *Honoris causa* que Alonso recibe de parte de la Universidad de Chicago en 1941.

En el capítulo 4, Lida pone de manifiesto las redes del Instituto con diferentes instituciones de difusión de la cultura. Los vínculos que Alonso estableció con referentes del mundo cultural argentino fueron fundamentales para su visibilidad y la proyección que lograron tanto él como el Instituto. Las relaciones con Alfonso Reyes, con Pedro Henríquez Ureña, con Victoria Ocampo y los integrantes del grupo *Sur* resultaron determinantes para esa inserción en el campo cultural, así como también los lazos con el mundo editorial, fundamentalmente con la Editorial Losada, de Gonzalo Losada, quien, huyendo de la Guerra civil, estableció esa casa en Buenos Aires. La función de Losada resultó crucial por dos motivos: por un lado, fundaba un lugar para editar las publicaciones del Instituto; por otro; garantizaba una fuente de inserción laboral para los exiliados españoles.

Sin embargo, y pese a todas esas iniciativas, los días del Instituto de Filología bajo la dirección de Alonso estaban contados. Las condiciones políticas nacionales confabulaban en su contra. “Nuestro Instituto ha dejado de existir”, culmina el fragmento de una carta de Alonso transcrita por Lida en el capítulo final (y más penoso), el 5. Luego de la intervención de la Universidad en 1943, la situación de las altas casas de estudio en la Argentina se tornó más compleja y pocos años después, con el ascenso del peronismo, las cátedras se poblaron de nacionalistas católicos. Esa tendencia nacionalista no favorecía al Instituto, a causa de la fuerte orientación internacionalista que había adoptado. Una serie de artilugios y difamaciones alcanzaron para desplazar a Alonso de la dirección, entre los más viles la acusación de “haber demostrado desapego a la cultura argentina al aceptar la invitación de Harvard” (2019: 167).

El libro de Miranda Lida exhibe el desenvolvimiento del Instituto de Filología con rigurosidad, detenimiento y amabilidad. Presenta la compleja trama en la que se imbrican el contexto y las individualidades: el rol jugado por las condiciones políticas nacionales e internacionales; las instituciones que contribuyeron a la creación del Instituto; las vinculaciones entre centros académicos de España, Estados Unidos y Argentina; el rol de los sujetos que

cooperaron con su desarrollo (o lo boicotearon). Y en medio de todos esos factores, la figura de Amado Alonso, quien como un hábil estratega opera para conseguir –y lograr– los mejores resultados, que convirtieron al Instituto, por esos años, en un lugar de referencia dentro del mundo hispánico.